

LUCHARON POR LA PATRIA

Fragmentos



Mijaíl Shólojov



PARA LA VOZ







Mijaíl Shólojov (1905-1984)

Título original en ruso:
Они сражались за Родину

Contacto:
contacto@paralavoz.com
paralavoz.com

Impreso en noviembre de 2025
ISSN de PARA LA VOZ: 2983-2823

LUCHARON
POR SU PATRIA
MIJAÍL SHÓLOJOV



PARA LA VOZ

Nota de editores

El libro que presentamos a continuación podemos considerarlo como *fragmentos de un borrador*. La obra *Lucharon por la patria*, escrita por Mijaíl Shólojov, no fue nunca terminada y, de hecho, su elaboración se dio de forma fragmentaria. Empezó a trabajar en ella en la época de la guerra, y en 1943 se publicaron los primeros capítulos en los periódicos *Pravda* y *Estrella Roja*. También en esta época la Editorial Militar del Comisariado del Pueblo de Defensa publicó algunos capítulos como folletos separados.

Es probable que Shólojov fuese desarrollando la obra a medida que se publicaban los capítulos, ya que nunca llegó a aparecer una versión completa y unitaria de la historia. En la década de 1960, el autor retomó esta novela inconclusa con la intención de continuarla, pero nunca llegó a finalizarla.

Por las características del momento en que Shólojov comenzó a escribir esta obra, podemos considerar que presenta ciertos rasgos distintivos respecto de sus grandes novelas, como *El Don apacible* y *Campos roturados*. En primer lugar, aunque cada capítulo continúa el anterior, el hecho de que se publicaran por entregas durante la guerra hizo que algunos episodios resultaran lo suficientemente autónomos como para

poder leerse de forma relativamente independiente. Contribuye también a esta relativa autonomía el uso de una perspectiva narrativa que va desplazándose de un personaje a otro, convirtiendo en protagonista a cada uno de ellos en los distintos sucesos que narra el libro.

En segundo lugar, este modo de estructurar la historia hace que pierda parte de la complejidad característica de las grandes novelas de Shólojov. Mientras que *El Don apacible* o *Campos roturados* mantienen una unidad orgánica de principio a fin, con decenas y cientos de personajes que cobran vida, se relacionan, entran en conflicto y evolucionan, en *Lucharon por la patria* esto no puede desarrollarse del mismo modo. La historia que aquí se cuenta es más lineal, en el sentido de que, aunque la narración salta de un personaje a otro, los acontecimientos transcurren siempre dentro de un mismo grupo y en un espacio limitado. Así, si uno de los soldados debe ser enviado a la retaguardia, el lector no lo acompañará hasta el hospital o su hogar, sino que deberá despedirse de él hasta su eventual regreso al frente.

También condicionado por la época bélica en la que empieza a elaborarse esta obra es el hecho de que, a diferencia de las anteriores, en *Lucharon por la patria* vemos solo la perspectiva de uno de los bandos

en lucha. Mientras que en *El Don apacible* el propio protagonista oscila entre los rojos y los blancos, y en *Campos roturados* vemos tanto las perspectivas de los partidarios del poder soviético como de los contrarrevolucionarios, aquí únicamente conocemos lo que ocurre en el bando soviético; los alemanes aparecen solamente como enemigos. El autor se permite, incluso, ciertas licencias, que en ocasiones habla de «nuestra artillería» o de «los nuestros».

Esto, sin embargo, no desliza en ningún momento al autor hacia la propaganda, sino que se realiza sobre una firme fidelidad al realismo. Shólojov no presenta a los soldados del Ejército Rojo como héroes grandilocuentes, movidos por un ideal comunista inquebrantable, sino como trabajadores que se han visto obligados a empuñar las armas para defender su patria de la invasión nazi-fascista. Sus protagonistas no son cuadros comunistas, sino soldados rasos, muchos de ellos sin afiliación partidaria: obreros fabriles, mineros, tractoristas, profesores, etc. Su heroísmo no se basa en una épica mítica, sino en su accionar real como seres humanos vivos, llenos de dudas, esperanzas y contradicciones, que luchan contra el avance nazi-fascista.

La virtud de este libro reside precisamente en su reflejo veraz de aquellos que se vieron forzados por

la historia a convertirse en héroes. No se los glorifica de manera mística; su grandeza, en todo caso, proviene de su humanidad. Esto se evidencia no solo en los capítulos dedicados a la acción bélica, sino también en aquellos que describen los momentos de descanso, la interacción cotidiana entre los soldados y la profundización en sus historias personales. En definitiva, la obra humaniza a quienes fueron, por la fuerza de los hechos, los héroes que lograron derrotar al nazi-fascismo con las armas en la mano.

La peculiar circunstancia que comentábamos más arriba —la posibilidad de abordar ciertos fragmentos de esta obra de manera autónoma— es lo que nos ha llevado a publicar tres capítulos de la novela, concretamente los capítulos 9, 10 y 11, que para esta edición hemos reenumerado como I, II y III. No es nuestra intención mutilar este libro de Shólojov, sino ofrecer una breve introducción a su narrativa, hoy injustamente olvidada en el ámbito hispanohablante. Recomendamos encarecidamente no solo la lectura del resto de capítulos de esta breve obra, sino especialmente la de *El Don apacible*, sin duda una de las grandes novelas del siglo pasado.

Noviembre de 2025.

I

La línea defensiva estaba situada en los límites de un pueblo. Lo que quedaba del regimiento había sido agrupado en una sola unidad y los soldados ocupaban sus puestos en las cercanías de un edificio ruinoso con tejas coloradas, que se encontraba al lado de un huerto.

Lopajin dedicó un buen rato a examinar los alrededores. Calculó la distancia que había hasta lo alto de la colina que tenían delante y, tras averiguar la orientación del lugar, exclamó satisfecho:

—¡Tengo una posición magnífica! Esto no es una posición, sino una maravilla. Desde aquí podré atacar a esos *panzers*¹ de tal manera, que convertiré a los

¹ Forma abreviada de *panzerkampfwagen*, palabra alemana con la que se denominaba a los tanques alemanes durante la Segunda Guerra Mundial.

tanques en chatarra y a los tanquistas en pedazos de carne asada.

—Sí que eres valiente ahora —comentó mordazmente Sashka Kopytovski desperezándose—. Anda que no te has puesto contento cuando te has enterado de que tenemos, además de nuestras armas, fuerzas antitanque. Había que verte ayer, cuando teníamos los tanques encima; sí que estabas pálido entonces.

—Sí, cuando se me vienen encima, siempre me pongo pálido —reconoció Lopajin con sencillez.

—¡Hay que ver cómo chillabas, que parecías una cabra: «Los cartuchos, prepara los cartuchos...!». Como si no supiera yo lo que tengo que hacer sin necesidad de que me lo diga nadie. Anda, que estabas tan nervioso que parecías una mujer.

Lopajin mantuvo silencio y prestó atención a los sonidos circundantes. Desde algún punto del huerto llegaron las voces de una mujer y un ruido de vajilla. Su mirada distraída se espabiló iluminándose como por encanto; estirando el cuello, inclinó todo su cuerpo hacia adelante, aguzó el oído y prestó atención.

—¿Qué pasa? ¿Has olfateado alguna presa? —preguntó sonriendo Kopytovski. Pero Lopajin no le hizo caso.

Las tejas de un edificio blanco brillaban empapadas por la humedad. Los rayos del sol, oblicuos, doraban las tejas y teñían las ventanas de color azulado.

Por entre los árboles, a media luz, Lopajin pudo ver dos figuras femeninas y se le encendió una idea.

—Tú, Sashka, quédate un momento velando por los intereses de la patria, que yo voy a ese edificio de las tejas coloradas a ver qué pasa —dijo a Kopytovski guiñando un ojo.

Su interlocutor arqueó las cejas grisáceas y preguntó:

—¿A qué vas?

—Tengo un presentimiento; me parece que si esa casa no es una escuela o un dispensario antituberculoso, conseguiré algo bueno para el desayuno.

—Pues a mí me parece que aquello debe ser una clínica veterinaria —comentó Kopytovski; y añadió—: Seguro que es una clínica veterinaria, o sea que aparte de tiña y sarna de oveja, no encontrarás nada para desayunar.

Lopajin entornó los ojos con un gesto de desconfianza y preguntó:

—¿Cómo sabes eso? ¿Precisamente una clínica, y además veterinaria? Sí que estás enterado, clarividente.

—Digo yo que será una clínica veterinaria, porque está en un lugar apartado. Además, hace un rato he oído desde la parte de allí los mugidos de una vaca; de una vaca enferma, o sea que la habrán llevado ahí para curarla.

Lopajin se hizo el desentendido y se puso a silbar. Durante un rato las dudas le hicieron sentirse melancólico y decepcionado, pero finalmente decidió ir.

—Pues a pesar de todo voy a echar un vistazo —afirmó con decisión—. Si por casualidad viene el cabo o alguna otra persona preguntando por mí, le decís que tengo fuertes dolores de vientre y que tal vez incluso sea disentería.

Lopajin, inclinado, arrastrando los pies y con la cabeza gacha, dio un rodeo para evitar la trinchera del teniente Golostchikov. Procuró que los telefonistas, que tendían un cable entre el puesto de mando y una posición adelantada, no le vieran, y por fin se metió en el huerto. En cuanto se vio protegido por los cerezos, que le ocultaban de los demás, se irguió, se ciñó el correa, se ladeó un poco el casco y, contoneándose, se encaminó a la entrada del edificio, cuya puerta estaba hospitalariamente abierta.

Ya desde lejos pudo ver el movimiento de algunas mujeres junto a las cuadras, y distinguió una hilera de bidones que brillaban bajo los débiles rayos de sol. De todo ello sacó la conclusión de que estaba en una lechería o en una granja koljosiana.² Grande fue su desilusión cuando, tras saltar la valla, vio junto a las

² Los koljoses eran las granjas comunales existentes en la Unión Soviética.

cuadras a un viejo que impartía órdenes a las mujeres. Siempre había confiado en la ternura y la bondad del corazón femenino; y aunque había sufrido algunos fracasos en las lides amorosas, seguía creyendo que era irresistible. En cuanto a los viejos, no les tenía ningún aprecio; consideraba que, sin excepción, eran todos unos avaros, y procuraba por todos los medios no tener que recurrir a ellos para pedirles nada. Pero en aquella situación no tenía ninguna posibilidad de librarse del viejo; por lo que podía ver, era él quien mandaba allí.

Se armó de valor y esperando en su fuero interno que el viejo se muriera de repente, Lopajin se acercó a la cuadra. No llevaba el paso alegre y el rostro sonriente que lucía al entrar, talante de conquistador de corazones femeninos, sino un paso decidido. Se había enderezado el casco y ya no le brillaban los ojos.

Tras observar sagazmente la espalda recta y los hombros cuadrados de aquel anciano, Lopajin meditó: «¡Seguro que este barbudo ha sido sargento! Si no hay más remedio, le trataré con educación». Avanzó unos pasos más hacia él, hizo chocar los talones al detenerse y saludó militarmente como si estuviera ante el jefe de una división. Su estratagema tuvo éxito. El anciano, impresionado, devolvió el saludo llevando la mano a la visera de su viejo gorro de cosaco; con tono

respetuoso y voz de bajo, dijo:

—Salud.

—¿Qué es esto, padrecito? ¿La cuadra de un koljós? —preguntó Lopajin señalando los establos.

—No, no, es nuestra granja regional lechera. Estamos preparándonos para la retirada.

—Han tardado demasiado en decidirse —le dijo Lopajin con seriedad—. Tenían que haberlo pensado mucho antes.

El viejo se acarició la barba suspirando y dijo, contemplando a Lopajin:

—Maldita sea la hora en que habéis llegado sin orden ni concierto a nuestro pueblo, cuadrilla de alborotadores. Anteayer mismo la radio decía que los combates tenían lugar en la aldea de Rososhi, y hoy ya estáis pegados a nuestros almacenes; desde luego, parece que los alemanes os siguen de cerca y os atizan.

La conversación amenazaba con tomar derroteros que a Lopajin no le interesaban y, con notable habilidad, consiguió darle otro cariz, preguntando con interés:

—¿No han trasladado todavía las vacas a la otra ribera del Don? Sin duda las vacas que tienen aquí deben ser de raza.

—¡Las vacas que tenemos aquí son más que vacas, son oro puro! —exclamó el viejo entusiasmado—. El

traslado empezó anoche, pero no sé si podrá continuar hoy, pues en el paso del río hay un follón terrible. Los alemanes llevan dos días bombardeando el puente y a este paso lo destruirán todo. ¡Y con la cantidad de máquinas y vehículos de guerra que hay allí! Seguro que ante el paso del río están rompiéndose la cabeza los oficiales pensando en cómo trasladar todo eso.

—Sí, la verdad es que el asunto está complicado —asintió Lopajin—. Pero usted, padrecito, no tiene que preocuparse por eso, pues nuestro heroico regimiento ha optado por montar la defensa. O sea que puede estar seguro de que los alemanes no pasarán el Don; los sangraremos en esta ribera del río.

—Si nuestro pueblo queda en zona de combate, si la lucha se entabla por aquí, arderá todo —dijo el viejo con voz temblorosa y en tono de triste premonición.

—Sí, padrecito, vuestra aldea sufrirá lo suyo, pero la defenderemos mientras nos quede sangre en las venas.

—Que el Señor os ayude —comentó el viejo con confianza, y pareció que iba a santiguarse; pero al mirar a Lopajin de reajo y ver que tenía una medalla en el pecho, no se llevó la mano a la frente, sino que empezó a mesarse lentamente su barba blanca y sedosa—. ¿Es vuestra unidad la que estaba cavando trincheras más allá del huerto?

—Sí, padrecito, es nuestra unidad. Cavamos, nos esforzamos todo lo posible y, claro, tenemos la boca completamente seca... —Lopajin guardó silencio diplomáticamente pero al parecer el viejo no había prestado atención a sus palabras. Seguía mesándose la barba y observaba el trabajo de las ordeñadoras, que cargaban unos bidones en el carro; de pronto empezó a gritar con voz potente:

—¡Glaska, maldita sea! ¿Cómo puede ser que no esté aquí todavía la yegua? ¡Empezaréis a espabilar cuando hayan llegado los alemanes!

Glaska, una ordeñadora rellenita y fuerte, con gruesos labios rojos, lanzó una mirada fulminante a Lopajin mientras susurraba unas palabras a las demás mujeres, que se pusieron a reír quedamente. Después, sin ninguna prisa, contestó al viejo:

—No te impacientes, Luka Mijailich, que en seguida la traen; tendrás tiempo de llevar a tu vieja al Don.

Lopajin, tranquilo, contemplaba maravillado a la ordeñadora, frunciendo el ceño como si le molestara el sol. No sin cierto esfuerzo separó su mirada del rostro moreno y encendido de aquella mujer, suspiró y preguntó con voz ronca:

—Qué, padrecito, ¿cómo se vivía en este koljós antes de la guerra? Yo diría que esta gente está bien alimentada...

—Sí, se vivía muy bien. Teníamos escuela, hospital, club y todo lo demás, para no hablar de los alimentos; nos sobraba de todo, y ahora... ahora hay que abandonar todo lo que nos da la tierra. ¿Adónde iremos a parar? Veremos todo esto quemado, qué desgracia —dijo el viejo con aire inexorable, como si fuera algo inevitable.

En circunstancias normales a Lopajin le hubiera inspirado lástima la desgracia ajena; pero en aquella ocasión no podía perder el tiempo e intentó nuevamente dar a entender al viejo el motivo de su visita:

—Pues resulta que el agua del pozo que tenemos es salada. Estamos abriendo trincheras y pasamos una sed terrible pero no encontramos agua buena en ningún sitio. ¿Ustedes tienen agua buena? —preguntó con insistencia intencionada.

—¿Salada? ¿Agua salada? —preguntó el viejo con extrañeza—. ¿De qué pozo dice que la sacan?

Lopajin, que no había probado el agua de aquel pueblo, no sabía dónde estaba el pozo, de modo que hizo un gesto vago con el brazo señalando el lado en que estaban los árboles del jardín de la escuela. El viejo pareció extrañarse todavía más.

—¡Qué cosa más rara! El agua del pozo de la escuela es la mejor de aquí, todo el mundo bebe de esa agua. ¿Cómo puede ser que se haya estropeado? Ayer,

sin ir más lejos, sacaron de ese pozo agua clara y buena, yo mismo bebí de ella.

Clavó una pensativa mirada en el suelo y se quedó en silencio; Lopajin, ya casi desalentado, dijo:

—Padrecito, es que no nos permiten beber agua sin hervir para evitar las diarreas y las infecciones.

—Nuestra agua puede beberse sin necesidad de hervirla —afirmó el anciano—. Cada año limpiamos el pozo y hace muchísimo tiempo que no enferma nadie del vientre.

Lopajin, al ver que no conseguía, a pesar de todos los recursos utilizados, que aquel anciano obstinado le comprendiera, decidió hablar claramente:

—¿No podríamos conseguir aquí algo de mantequilla o un poco de leche?

—Muchacho, si eso es lo que quieren tendrán que dirigirse a la administración de la granja central lechera. La administradora es aquella, la que está con las ordeñadoras; esa pecosa un poco llenita que lleva el chal gris.

—¿Y cuál es el cargo que tiene usted aquí? —preguntó algo confuso Lopajin.

El viejo, mesándose de nuevo las barbas, repuso orgulloso:

—Llevo ya tres años trabajando como mozo de cuadra. Así pues, trabajo, siego, cuido de los caballos

y hago un poco de todo en la granja. Incluso me prometieron una recompensa para este año...

El viejo seguía hablando; pero Lopajin, impaciente, saludó llevándose la mano al casco y, sin pronunciar palabra, se acercó a la mujer del chal gris.

La administradora tenía aspecto de mujer sencilla y bondadosa. Prestó atención a las demandas de Lopajin y a continuación le respondió:

—Hemos enviado ciento cincuenta litros de leche y mantequilla para los heridos del hospital. Nos ha quedado algo que no podemos llevarnos con nosotros. ¿Tendrá bastante con dos latas de leche? ¿Habrá suficiente para todos los soldados? Glaska, dale dos latas de leche de ayer por la tarde al camarada comandante; y si en la nevera queda mantequilla, le das también dos o tres kilos.

Lopajin, admirado y satisfecho de haber sido tomado por comandante, estrechó efusivamente la mano de la administradora y bajó a la cámara frigorífica. Tomó los bidones de leche de manos de la ordeñadora y le dijo con admiración:

—¡Glaska, no sé cuál es su patronímico,³ pero es usted algo más que una mujer, es una maravilla! Ten-

³ En Rusia y otros países eslavos, el patronímico es un segundo nombre que indica la ascendencia paterna («hijo de» o «hija de»), y se emplea al dirigirse a alguien con respecto.

go tanta hambre que me la comería entera, a pedacitos chicos para que me durase más, aunque fuera sin sal.

—Cada uno es como es —repuso secamente la ingenua ordeñadora.

—Vamos, Glaska, no sea modesta. ¡Está usted estupenda! Lástima que no esté con nosotros. Y dígame, ¿con qué se ha puesto tan redondita? ¿A base de leche fresca o con natillas? —decía Lopajin con gesto extasiado.

—Coja los bidones y váyase. Luego puede volver a por la mantequilla.

—Por mí, estoy dispuesto a pasarme la vida entera con usted en este frigorífico —afirmó Lopajin descaradamente.

Miró cautelosamente la puerta cerrada e intentó abrazar el exuberante cuerpo de la ordeñadora, pero ella le retiró el brazo y le enseñó a Lopajin un puño moreno, a pesar de lo cual sonreía amistosamente.

—Escucha, chico, esto te enfriará mucho más que el hielo. Has de saber que yo soy una viuda muy seria y no me gustan esas tonterías.

—Cualquier cosa que me dé una viuda así tiene que gustarme por fuerza; además, no pienso echarme atrás. Creo que ya he retrocedido lo suficiente —añadió acercándose con decisión a la ordeñadora, con la vista clavada en sus labios colorados.

En aquel instante se abrió la puerta; apareció en el umbral la oscura silueta del viejo, que empezó a vociferar:

—¡Glikerya! ¿Andas perdida por ahí? ¿O se te han pegado las faldas al hielo? ¡Sal ahora mismo y haz que me traigan la yegua inmediatamente!

Lopajin se retiró precipitadamente soltando una retahíla de juramentos; subió a toda velocidad los peldaños húmedos y resbaladizos y, una vez en el exterior, esperó a la ordeñadora, que seguía mirándole con sonrisa maliciosa. Lopajin, que no perdía todas las esperanzas, le preguntó con voz melosa:

—¿Pensáis pasar al otro lado del río o vais a quedaros? Me interesa por si acaso... A lo mejor hay alguna ocasión...

—Sí, soldadito, nosotros nos vamos. Pero no me digas que quieres acompañarnos...

—No, de momento no es ese mi camino —le respondió Lopajin secamente y con gesto que denotaba entereza. Pero inmediatamente su voz enronquecida se hizo dulce—: Pero si fuera así, dime dónde podríamos encontrarnos, Glashenka.

La mujer, entre risas, apartó con un hombro a Lopajin de la puerta y contestó:

—Yo creo que no hay motivo para que nos encontremos; de todos modos, si tienes muchas ganas de

verme y no puedes aguantarte, puedes buscarme en el bosque, en la otra ribera del Don. Nosotros no nos alejaremos del pueblo.

Lopajin, suspirando y maldiciendo la vida del soldado, cargó con los bidones de leche y se encaminó hacia el huerto, que atravesó rápidamente. Le entraron ganas de volverse a mirar a la viuda, tan seria en apariencia pero de expresión y mirada dulce y tierna. Por fin se giró y casi se cayó de bruces al tropezar con un montón de piedras. Se alejó rápidamente mientras notaba el eco de una risa femenina en su corazón.

Cuando llegó a la trinchera, Lopajin se amorró a uno de los bidones y, sin apartar los labios del borde del recipiente, bebió largamente paladeando la leche. Luego, hinchado de leche y contento como una criatura, mandó a Kopytovski que repartiera el líquido tonificante entre la tropa, dándoles a cazo por persona y añadiendo que, si sobraba, no escatimara nada. Decidió que se marchaba de nuevo pero Kopytovski, preocupado, le aconsejó que no hiciera tal cosa.

II

—No se te ocurra ir, el cabo se va a enfadar.

Con aire soñador, Lopajin le contestó:

—Bueno, a lo mejor yo no quiero ir, pero son las piernas las que me llevan. Allí hay una ordeñadora que se llama Glaska, y si no fuera por la maldita guerra me pasaría la vida entera junto a ella, bajo el vientre de una vaca y sin soltar las ubres.

Kopytovski, con los ojos entornados por la risa y tapándose la boca con la negra palma de su mano, le dijo:

—¿De qué tetas dices que te cogerías?

—Eso es lo de menos —contestó Lopajin distraídamente, como si pensara en otro asunto.

Su mirada se deslizaba por la frondosidad verde de los bosquecillos cercanos, y permaneció durante un buen rato contemplando el tejado rojizo de la central lechera.

—Ándate con ojo, no sea que te sorprenda el cabo primero. Desde ayer está más rabioso que un perro atado —le avisó Kopytovski.

Lopajin hizo un gesto con la mano y replicó arduosamente:

—¡Vete al demonio con tanto consejo y tanto cabo primero! ¿Es que no puedo ni mover una mano? Tú, si te preguntan, dices que Lopajin se ha ido a por mantequilla. Y mientras tanto les invitas a leche. Y como se le ocurra a alguien meterse conmigo, ya verá lo que se encuentra. Estoy más que harto de las gachas de Lisichenko, por su culpa acabaré con una úlcera en el estómago. Tendrían que darnos un rancho como está mandado en el reglamento y así no haría falta que cada uno se las arreglara por su cuenta. ¿Tú crees que yo estaría bien de la cabeza si me negara a aceptar la mantequilla fresca que me ofrece la gente? ¡No tengo ninguna intención de dejar que caiga en manos del enemigo!

—De acuerdo, de acuerdo. Si es verdad que te van a dar mantequilla, no te retrases; vete —dijo Kopytovski repentinamente convencido.

Al rato, Lopajin caminaba por el pequeño sendero del huerto escuchando el canto madrugador de los pájaros y respirando con satisfacción el olor fresco y fugaz de la hierba húmeda por el rocío.

A pesar de no haber apenas dormido en las últimas jornadas, de no haberse alimentado lo suficiente y de haber efectuado marchas agotadoras con los demás soldados, marchas de más de doscientos kilómetros, aquella mañana se sentía de muy buen humor. ¿Acaso necesita gran cosa un hombre en la guerra? La alegría del soldado se alcanza con apartarse un poco de la muerte consabida, descansar, dormir a pierna suelta, comer bien, recibir alguna carta de casa y fumar sin prisas un cigarrillo con los amigos. En realidad Lopajin no había tenido correspondencia de su familia, pero en cambio la noche anterior les habían dado tabaco, por el que tanto suspiraban desde hacía tiempo, una lata de carne en conserva y gran cantidad de munición. Antes de amanecer pudo conciliar un poco el sueño; luego, ya fresco y animado, cavó trincheras convencido de que en la ribera del Don se interrumpiría al fin esa amarga retirada; no sentía tanto odio como antes hacia el trabajo que le habían encomendado. Estaba satisfecho de la posición que había conseguido y más que satisfecho por haber podido beber leche a sus anchas. Además, había tenido ocasión de conocer la belleza salvaje de Glaska. ¡Demonio! Naturalmente, hubiera preferido conocerla en algún lugar de descanso, pues allí habrían podido despacharse a gusto, como en otros tiempos. De todos modos, el

breve encuentro le había proporcionado unos minutos agradables. En la guerra se había acostumbrado a conformarse con poco y a resignarse a toda clase de privaciones.

Lopajin rió embebido en sus pensamientos y silbó muy bajito mientras avanzaba por el sendero, apartando con el pie las hojas vencidas por el rocío. Al principio no se percató de que un débil y bajo rumor llegaba de detrás de la montaña. Repentinamente el ruido se hizo más intenso y Lopajin se detuvo para prestar atención. En seguida se dio cuenta de que se trataba de aviones alemanes; al mismo tiempo oyó una voz que gritaba: «¡A-via-ción!»

Lopajin se volvió rápidamente y se dirigió a las trincheras a todo correr. Por espacio de unos segundos se deslizó por su mente un pensamiento amargo: «Ha desaparecido la mantequilla y también Glas-ka...». Pero después, a pesar de la profunda tristeza que le causaba esta doble pérdida, se olvidó de ella por mucho tiempo.

Hicieron acto de presencia por encima del horizonte catorce aviones alemanes; se acercaban con decisión. Apenas Lopajin había tenido tiempo de alcanzar su trinchera cuando empezó a retumbar la artillería emplazada en el jardín de la escuela. Los pequeños círculos de color gris oscuro de las explosio-

nes estallaban en el cielo casi delante y por debajo de los aparatos. Pronto se incrementaron los disparos de la artillería, que se mezclaban en el cielo claro y despedido. Casi acompañando a los aviones, les obligaron a romper la formación que llevaban e incluso a cambiar de rumbo.

—¡Uno menos! —gritó con entusiasmo Sashka Kopytovski. Lopajin saltó a la trinchera, levantó la cabeza y pudo ver cómo el avión que encabezaba la patrulla giraba sin control sobre un ala, se envolvía en humo negro y empezaba a caer oblicuamente. Entre silbidos y chillidos pasó por encima de las trincheras y después de caer sobre la apisonada tierra de los prados de la aldea, estalló a causa de sus propias bombas. El ruido del estallido fue tan fuerte que Lopajin cerró los ojos un instante. Luego miró a Sashka con rostro iluminado.

—¡Magnífico! ¡Estaba cargado de bombas! ¡Ojalá estos demonios de artilleros dispararan siempre así!

Otro aparato atacado por el fuego de la posición se desintegró en pedazos en el aire y fue a caer más allá de la aldea. Los demás orientaron su rumbo hacia el río. Recibidos por el fuego de las ametralladoras y de la segunda batería de artillería, los aviones dejaban caer las bombas de cualquier manera; a continuación se dirigieron hacia el oeste, después de haber rodeado una zona extremadamente peligrosa.

Aún no había tenido tiempo para posarse el polvo de las bombas cuando por detrás de la montaña apareció una segunda oleada de bombarderos alemanes, alrededor de treinta. Cuatro aparatos se separaron y volvieron a las líneas de defensa.

—¡Vienen a por nosotros! —exclamó Sashka con voz temblorosa y con los dientes apretados— ¡Mira, Lopajin, los bombarderos bajan en picado! ¡Ahora empezarán a caer! ¡Ahí vienen!

Tras tomar el fusil, Lopajin, un poco pálido, apoyó con fuerza un pie en el peldaño inferior de la trinchera y apuntó con precisión. Sus ojos claros estaban entornados y Sashka, al dirigirle una mirada rápida, solo vio unas rendijas diminutas como cortadas con un cuchillo, y profundas arrugas en la oscura y tensa piel alrededor de los ojos.

—¡A tres cuerpos!... ¡A tres y medio! ¡A cuatro! ¡Dispara, vamos! —pudo gritar el desorientado Sashka en medio del rugido ensordecedor de los motores, que perforaba los oídos.

Lopajin oyó su grito como en sueños y la conocida y temblorosa voz del teniente Golostchiekov, que con su tono elevado de costumbre voceaba: «¡A los aviones e-ne-mi-gos!». Logró disparar, sintió en su hombro el retroceso y en una pequeñísima fracción de segundo se dio cuenta de que había fallado el tiro. El conocido

y odiado silbido de la bomba se incrementó rápidamente hasta terminar con un bramido ensordecedor.

Sobre el casco y la inclinada espalda de Lopajin empezaron a caer trozos de tierra, como una lluvia de granizo; el olor metálico corrosivo de la explosión se le metía por las fosas nasales impidiéndole respirar.

Las bombas estallaban de vez en cuando a lo largo de la línea de trincheras; sin embargo, la mayoría de las explosiones se producían detrás de las trincheras, en el jardín de la escuela. Haciendo un esfuerzo, Lopajin levantó la cabeza y a través de una nube de polvo sucio y revuelto vio a su izquierda, en medio del cielo azul, un avión; incluso pudo divisar la esvástica que llevaba en la cola. Saltó como un muelle, los dientes le rechinaron de nuevo y otra vez cogió el fusil con ímpetu.

—¡Dispara a esa carroña! ¡Dale pronto! —Sashka gritaba a su oído, tembloroso y febril.

Esta vez Lopajin no podía, no debía fallar el tiro. Estaba como petrificado; sus manos, moviéndose hacia la izquierda, cogían el fusil con la férrea fuerza de un minero, de tal modo que parecían fundidas con él; mientras tanto, sus ojos seguían entornados, como inyectados y despidiendo llamas de ira, sin perder de vista el avión que volaba en lo alto, preparado para atacar. Pero otra vez falló el tiro... Un ligero temblor se

apoderó de sus labios al ver cómo el aparato tomaba altura y se lanzaba de nuevo en picado sobre las trincheras.

—¡Un cartucho! —gritó enfurecido.

El J-87 bajaba veloz, regando con fuego de ametralladoras los amarillos surcos de las trincheras. En tierra la ametralladora del sargento Nikiforov disparaba sin cesar; las ráfagas de las ametralladoras sonaban al unísono, sordas y tableteantes. Lopajin esperaba. Observaba sin cesar el avión que descendía con un tiroteo bajo, intenso y creciente; al mismo tiempo, sin proponérselo, su oído captaba los demás sonidos de la contienda: el estallido de las bombas que caían en el jardín de la escuela, junto a las posiciones de la batería, y los estridentes ladridos de las ametralladoras. Incluso pudo distinguir algunos disparos de fusil antitanque. Por lo visto, no era él el único fusil antitanque que intentaba acertar al bombardero en picado.

—¿Te has quedado de piedra? ¡Pregunto si te has quedado petrificado! ¿No estarás herido? —le gritaba Sashka.

Pero Lopajin, que no perdía de vista el avión, se limitó a soltar algunos tacos. Sashka se sentó en el ancho fondo de la trinchera cubierta de cascotes, ya seguro de que Lopajin estaba vivo e ileso.

En el segundo ataque, la llama ardiente de las ametralladoras levantó mucho polvo y tronchó el ajeno

que había en el parapeto delantero de la trinchera, logrando incluso alcanzar un extremo y desmoronar parte del parapeto. Pero Lopajin ni siquiera se inmutó.

—¡Agáchate! ¡Te va a acribillar, insensato! —gritó Sashka.

—¡Ni hablar, no tendrá tiempo! —exclamó Lopajin; y en el momento en que el avión iba a entrar en picado, apretó el gatillo.

El avión inclinó ligeramente el morro pero en seguida se enderezó para tomar rumbo sur, balanceándose como un pájaro, elevándose lentamente, ya sin seguridad. Por el costado izquierdo de su fuselaje plano empezaba a salir una nubecilla de humo.

—¡Toma! ¡Has terminado tu viaje! —dijo Lopajin con voz queda—. ¡Has acabado de volar! —repitió en voz más baja y con tono significativo, mientras seguía con ansia todos los movimientos del avión alcanzado.

Aún no había superado la cima de la montaña, cuando el aparato comenzó a dar bandazos para caer finalmente a plomo. Chocó en tierra con tal crujido que parecía como si alguien hubiera soltado un huevo cocido sobre una mesa. Lopajin suspiró aliviado, con alegría y satisfacción, mientras dirigía una mirada a Sashka.

—¡Así hay que atizar! —exclamó, tomando aire fuertemente por la nariz, sin ocultar su triunfo.

—¡Sin comentarios! ¡Le has dado de pleno y certamente, Piotr Fedotovitch! —exclamó admirado Sasha, que por primera vez desde que estaban juntos le honraba llamándole por su patronímico.

Con las manos temblorosas, Lopajin se puso a liar un cigarrillo. Estaba fatigado y, hasta cierto punto, destrozado. Se sentó en el fondo de la trinchera y dio con avidez varias caladas seguidas, soltando nubes de humo.

—¡Casi se escapa el maldito! —dijo, ya más tranquilo; pero a causa de la emoción sus palabras eran lentas todavía—. Si hubiera pasado más allá de la loma, ¡demonios, quién sabe! Quizás hubiera caído, o podía haber llegado a su guarida. Pero se la pegó contra el suelo y ahora se quema a gusto...

Sin acabar de fumar el cigarrillo se levantó y contempló con satisfacción durante un rato, en silencio, los restos humeantes del aparato en lontananza. Los otros tres aparatos que habían bombardeado la batería de ametralladoras se dirigieron hacia el sur. Pero los bombarderos aún sobrevolaban como aves de rapiña el paso del río; la artillería disparaba infatigable, estallaban las bombas y densas columnas de agua se alzaban en la espesa humareda. Pronto terminó la incursión y un enlace se acercó a Lopajin para decirle que le llamaba el comandante.

Todo el terreno alrededor de las trincheras parecía plagado de úlceras, agujeros redondos y amarillos de diversos tamaños, con los bordes calcinados. Los senderos oblicuos abiertos por las bombas en el jardín de la escuela se hallaban cruzados por árboles caídos y destrozados que dejaban al descubierto las paredes y los tejados de las casas, antes invisibles, cubiertos por las ramas.

Junto a la trinchera que ocupaba Sviaguintsev había un gran cráter y allí yacía una espoleta cubierta de tierra hasta la mitad, con los bordes metálicos destrozados y retorcidos. Todo el contorno daba la impresión de ser algo nuevo, salvaje y desconocido. Sin embargo, casi por doquier se olía el aroma dulzón de la hierba, se escuchaban las voces de los soldados, y desde el nido de ametralladoras, situado en un viejo silo subterráneo, llegaba una voz temblorosa y alegre a la vez, interrumpida por una risa tan jovial y alegre que Lopajin, al pasar a su lado, pensó con satisfacción: «¡Qué demonios! ¡Son inagotables! Aunque les hayan bombardeado hasta ponerlos patas arriba, cuando todo ha pasado se echan a reír a carcajadas como gañones que no hubieran salido del establo durante mucho tiempo». Y él mismo se echó a reír involuntariamente cuando oyó la conocida voz del sargento Nikiforov, aguda y llorosa de tanto reír, que decía:

—Cuando lo miro está como un cangrejo, mueve la cabeza y me pregunta: «Fedia, ¿no te han matado?». Los ojos se le salían de la cara como puños y olía que no veas... Se conoce que el miedo...

En una trinchera apartada alguien se reía cansada y quedamente, con sus últimas fuerzas pero sin parar, como si le hubieran maniatado y le sometieran a un cosquilleo constante. Con la sonrisa en los labios, Lopajin evitó los emplazamientos de las ametralladoras y los cráteres para alcanzar al enlace, a quien dijo:

—El tal Nikiforov es un muchacho alegre.

—Hay alegría para unos y, para otros, lágrimas, o incluso el descanso eterno... —repuso el enlace con aire taciturno, mientras señalaba una abertura producida por la caída de una bomba y a un soldado con la guerrera empapada de sangre, que caminaba a lo lejos, como borracho, apoyándose en el brazo del sanitario.

El teniente Goistchiekov le acogió con una gran sonrisa; con un movimiento del brazo le indicó que bajara a la trinchera. Aprovechando aquellos instantes de calma, acababa de desayunar. Se limpió los labios con un pañuelo negro por la suciedad y le guiñó un ojo maliciosamente.

—¿Lo has derribado tú, Lopajin?

—Creo que sí, camarada teniente.

—Buen trabajo. ¿Es el primero que derribas en tu servicio?

—Sí, el primero.

—Bueno, siéntate entonces, serás mi huésped. Dices que es el primero; esperemos que no sea el último —dijo el teniente bromeando, mientras tiraba a la zanja un puchero de gachas sin terminar y sacaba una cantimplora que había tomado como botín.

En la trinchera del teniente olía a tierra arcillosa y húmeda, que no había tenido tiempo de secarse, a polvo y a algo avinagrado debido al sudor humano, a las correas de las armas y a las municiones amontonadas. Lopajin pensó en la rapidez con que las trincheras adquieren un olor humano distinto y característico de cada persona. Aunque no venían a cuento, recordó las palabras del sargento Nikiforov y sonrió. El teniente interpretó aquella sonrisa a su manera, le sirvió vodka en un vaso de aluminio y le dijo discretamente:

—Los vecinos, esos de las ametralladoras, me han proporcionado hoy «combustible»; hacía tiempo que había terminado el mío... Bueno, felicidades por el éxito: toma, bebe.

Lopajin tomó cuidadosamente el vaso con dos dedos y le dio las gracias; para sus adentros pensó con tristeza que el vaso era demasiado pequeño para beber al estilo ruso; cerrando los ojos sorbió lentamente el vodka tibio, que olía levemente a gasolina.

El teniente produjo un chasquido con la lengua al mismo tiempo que Lopajin, como si estuvieran com-

partiendo la bebida, pero él no bebió; guardó la cantimplora.

—¡Vaya gente tenemos ahora! ¿Eh, Lopajin? Antes, en cuanto llegaban los aviones alemanes, se echaban al suelo y olían la hierba. Ahora, en cambio, tienen que volar sobre nosotros a una altura prudencial para que no les calentemos la grupa. ¿Verdad, Lopajin?

—Exacto, camarada teniente.

—Hace poco ha llamado el comandante preguntando quién ha derribado el avión. La gente ha dicho que has sido tú y yo mismo lo he visto. Al parecer serás propuesto para una recompensa. Bueno, márchate, hay que esperar un nuevo ataque; mucha atención a los tanques. Pasa por donde está Borsij y adviértele de mi parte, dile que la lucha será fuerte: hay que combatir y resistir, como suele decirse, hasta la muerte. Dile que deposito mi confianza en él. Ahora voy a ir al flanco derecho... Algún motivo tendrán los alemanes para empeñarse en combatir el paso del río... Será un día muy fuerte, de modo que preocúpate de las dos cosas.

Lopajin volvía a su puesto radiante de alegría y colorado como un ladrillo a causa del vodka, pero ya cerca de la trinchera del anticarro Borsij, borró la sonrisa de su cara.

Borsij estaba desayunando; rebanaba con gran cuidado una lata de carne con una miga de pan.

Lopajin se acercó a la trinchera preguntando:

—¡Qué! ¿Cómo te van las cosas, ciudadano de Siberia? ¿No te impresionan las bombas?

—A mí no me impresionará nada hasta que me muera —replicó con voz de bajo el siberiano, ancho de espaldas y ágil, sin interrumpir lo que estaba haciendo.

—Oye, ¿no me invitas a sbaneski? He venido aquí en calidad de invitado.

—Preséntate como invitado en Omsk, en casa de mi mujer; hoy es domingo y seguro que prepara sbaneski. Ella te convidará.

Lopajin bajó la cabeza triste y negativamente.

—Eso está muy lejos; no iré. Que se las trague el polvo, y a ti también...

—Sí, cae un poco lejos, y además... —dijo Borsij suspirando. No se podía adivinar por qué suspiraba: si por su Omsk natal, lejana en la desnuda estepa, o porque se le había acabado la lata de carne.

Casi sin moverse, Borsij tiró la lata vacía a la maleza, se limpió las manos en los pantalones grasientos y dijo:

—Mejor será que me invites a tabaco, Lopajin.

—¿Es que ya te has fumado el tuyo? —preguntó Lopajin extrañado.

—¿Qué tiene que ver eso? El de los demás siempre sabe mejor —respondió Borsij juiciosamente. Extrajo

un papel de fumar y sacó la mano de la trinchera—. Echa, no seas miserable. Si yo hubiera derribado un avión, gastaría todo el tabaco en invitar a los amigos.

Después de haber aspirado dos bocanadas de humo, Lopajin dijo:

—El teniente me ha ordenado que te avise para que estés alerta. Es un tío listo y cree que lo primero que harán los tanques será plantarnos cara a nosotros. Detrás de las lomas que están frente a nosotros pueden concentrarse. Además, allí hay un buen camino y una barranca ocultos. ¿Lo has visto?

Borsij asintió con la cabeza en silencio.

—El teniente dijo también estas palabras: «Lopajin, deposito mi confianza en ti y en Borsij. Resistiremos hasta el final».

—Hace bien en confiar —comentó Borsij prudentemente—. Nos ha quedado poca gente; sin embargo, son hombres valientes. Nosotros resistiremos, sí, pero ¿y los vecinos?

—Los vecinos tienen que preocuparse de sí mismos —replicó Lopajin.

Borsij asintió de nuevo con un gesto de la cabeza. Lopajin se levantó y estrechando la ancha y fuerte mano del camarada, dijo:

—¡Te deseo buena suerte, Akim!

—Lo mismo te digo.

Cruzó dos trincheras de tiradores y cuando llegó a la altura de la tercera se detuvo como si se encontrara ante un obstáculo inesperado; se frotó los ojos como anonadado y murmuró entre dientes: «¡Qué maravilla! A mis años, solo me faltaba esto». Unos ojos azules, inmóviles, cansados e inexpresivos como siempre, le miraban debajo de un casco. Sentado en una trinchera abierta al cielo y perfectamente visible, estaba el cocinero Lisichenko. El rostro lleno del cocinero, con mofletes como manzanas, era juvenil e incluso alegre y sus ojos azules despedían tranquilidad. A Lopajin le pareció que se entornaban de un modo provocativo y descarado.

Con aires marciales Lopajin se acercó a la trinchera, se puso en cuclillas, miró al cocinero de arriba abajo y le dijo con voz solemne:

—Se le saluda.

—Lo mismo le digo —replicó Lisichenko fríamente.

—¿Cómo está su salud? —se interesó amablemente Lopajin dirigiendo al cocinero una mirada fulminante, algo contenida para que no se le notara la rabia.

—Bien, gracias; siga adelante y váyase al demonio.

—Podría replicarte con todas las reglas militares, pero para ti —dijo Lopajin irguiéndose— no tengo palabras amables ni rebuscadas. Respóndeme solo a

esta pregunta: ¿quién es el bobo que te ha metido en esta trinchera? Y si piensas seguir en ella, ¿dónde está la cocina? ¿Qué vamos a comer hoy, si puede saberse, gracias a tu gran persona?

—Nadie me ha metido aquí, amiguito. Yo mismo he cavado la trinchera y yo solo me he metido en ella —contestó Lisichenko con voz triste y tranquila.

Lopajin estuvo a punto de ahogarse de indignación.

—¿O sea que tú te has metido aquí? ¡Ay de ti! ¿Y la cocina?

—La he dejado. Y no vengas a lamentarte, no quieras asustarme. Empezaba a sentirme triste en la cocina; por eso la he abandonado hoy.

—Te has sentido triste, has dejado la cocina y te has metido aquí tú mismo.

—Eso es. ¿Qué más te interesa, héroe?

—¿Es que piensas que sin ti no podemos resistir? —le espetó rápidamente Lopajin, dirigiendo una fulminante mirada de odio a Lisichenko.

Pero no era fácil amilanar e intimidar a un cocinero que había visto de todo y que se encontraba de vuelta de muchas cosas. Miró pausadamente a Lopajin de arriba abajo y dijo:

—Pues precisamente has dado en el clavo, Lopajin. No me fiaba de ti. Incluso he pensado que en un

momento de apuro te pondrías a temblar, por eso he venido.

—¿Cómo es que no te has puesto el gorro blanco? He visto al cocinero del general y llevaba uno limpio, limpiísimo... ¿Por qué no te lo pones tú? —preguntó Lopajin casi exhausto.

—Bueno, él era el cocinero del general, pero yo, ¿por qué demonios había de ponérmelo? —preguntó a su vez Lisichenko.

Lopajin no podía más y dijo con gusto y complacencia:

—¡Tienes que ponértelo para que te maten antes, pavo gordo!

Lisichenko se limitó a hacer un gesto de desinterés y replicó sin inmutarse:

—A mí solo me matarán cuando las malvas florezcan sobre tu tumba, Pietia, cuando los sapos salten sobre tu cuerpo, pero antes no.

Hablar con el cocinero era inútil. Su extremada paciencia de ucraniano le hacía invencible, era como una fortaleza de cemento armado. Lopajin, después de suspirar, dijo quedamente y con inseguridad:

—Yo te pegaría con algo pesado para que se te saliera todo el mijo de dentro, pero no quiero gastar fuerzas en semejante porquería. Dime qué vamos a comer ahora.

—Schi.

—¿Cómo?

—Schi con carnero y col fresca.

Lopajin creyó que el cocinero le tomaba el pelo pero no encontraba palabras para contestar como era debido.

Se puso en cuclillas de nuevo ante la trinchera, recurrió al dominio de sí mismo y se puso a hablar con cierta agudeza:

—Lisichenko, antes de entrar en combate estoy muy nervioso y ya me han hartado tus bromas. Dime seriamente: ¿vas a dejar a la gente sin comer algo caliente? Los muchachos no te lo perdonarán. Yo mismo podría zumbarte, me da igual lo que pueda pasarte y el color que tenga tu cara cuando acabe. ¿Es que no comprendes que eres el cocinero? Lo primero es la comida, tanto en el ataque como en la retirada. Una tropa sin comida es como un cero a la izquierda. ¿Por qué holgazaneas aquí? Sería mucho mejor que te largaras cuanto antes si no quieres salir con los pies por delante. Márchate, vístete como está mandado y, como ahora todo está tranquilo en el campo de batalla, incluso puedes calentar unas gachas sin humo. ¡Demonios! Estoy dispuesto a comer tus gachas, porque al fin y al cabo sin ellas se está peor que con ellas. ¿Qué queda de nosotros sin alimento caliente? ¡Unos

desgraciados, eso es lo que quedaría! Yo, por ejemplo, si no como me convierto en el más desgraciado de los italianos y en algo peor que el más desgraciado de los rumanos. Me pasa que ya no soy el mismo, me tiemblan las piernas, me flojean los brazos... Vete, Lisichenko, y estate tranquilo: aquí nos arreglaremos sin ti. Te juro que tu ocupación es tan honrosa como la mía. Bueno, quizá tan solo sea unas diez veces inferior...

Lopajin esperaba una respuesta. Pero Lisichenko sacó lentamente del bolsillo una petaca rojiza con adornos de colores, arrancó con calma una tira de papel de una hoja de periódico y aún más lentamente empezó a liar un cigarrillo. Una vez liado, cogió un mechero que había tomado al enemigo y dijo sin apresurarse:

—Suplicas en vano, héroe. No puedo cruzar el Don con la cocina a la espalda, me hundiría al momento; y vadearlo por el puente también es imposible. La destruiré con una bomba cuando sea preciso, pero por el momento las schi siguen cociéndose en el puchero. De verdad, te lo juro. ¿Por qué me miras así? Apártalos de mí o aguántalos con las manos para que no se te caigan. ¿Comprendes de qué va? Junto al puente una bomba mató a varias ovejas de un rebaño. Naturalmente, yo apuntillé a una, no quería que muriera

sufriendo por la metralla que tenía en el cuerpo. Después conseguí coles de un huerto, aunque, la verdad, las conseguí robándolas. También encargué a dos heridos leves que vigilaran las coles, les añadí todo lo necesario y me largué, así que lo tengo todo en orden. O sea que haré un poco la guerra, os ayudaré, y cuando llegue la hora de comer me arrastraré por el bosque y tendréis vuestra comida caliente. ¿Estás contento de mí, héroe?

Lopajin, conmovido, sentía deseos de abrazar al cocinero. Él, sonriendo, se sentó en el fondo de la trinchera y le dijo:

—En lugar de andar con bobadas mejor sería que me dieras una granada. Podría servirme para algo.

—¡Mi querido compañero, eres un hombre de cuidado! Puedes luchar todo lo que quieras. ¡Te autorizo! —exclamó Lopajin con solemnidad; y desprendió una granada del correa que entregó con respeto al cocinero.

Probablemente Lopajin hubiera seguido de charla con el cocinero, pero al oírse otra vez el ruido de los aviones alemanes que se acercaban de nuevo, se encaminó a toda prisa a su trinchera.

Cuando los aviones se acercaban a su objetivo, se separaron. Una sección se dirigió a las líneas de defensa mientras las otras, atravesando el fuego de la artillería, se dirigieron hacia el río.

Se levantó una densa nube de polvo pardo que envolvió las trincheras como una niebla en el aire quieto, impidiendo el paso de los rayos solares. Entre el característico zumbido y el ruido de los trozos de metralla al clavarse en tierra, Lopajin intentaba oír el fuego de sus propias ametralladoras. La batería emplazada en el jardín de la escuela estaba silenciosa. Lopajin pensó apesadumbrado: «¡Malditos reptiles, los han enterrado!». Luego se le ocurrió pensar que quizás hubieran tenido tiempo de trasladarse a sus antiguas posiciones y se tranquilizó algo.

Entre el fragor y el estrépito que había a su alrededor no oyó los gritos de Sashka que le llamaban. Ensordecido y agobiado por el rugir de las explosiones, procuró sacar fuerzas de flaqueza; de vez en cuando asomaba la cabeza por encima de la trinchera e incluso salía cauteloso por encima del parapeto. Las sacudidas cálidas de las ondas explosivas le hacían tambalear la cabeza, pero continuaba alerta y mirando al frente por si a través de la polvareda de humo intentaban avanzar los tanques alemanes, protegidos por la cobertura del bombardeo aéreo.

En una de las ojeadas, gracias a la claridad del sol unida a la de las llamas de varias explosiones, pudo ver a Sviaguintsev en su trinchera; con alivio y alegría observó que después de una ráfaga de ametralladora

permanecía sereno, aferrado al fusil; pero segundos más tarde pudo distinguir en el casco de Sviaguintsev una abolladura a un lado; todo él aparecía ahora gastado y sin brillo; tanto Sviaguintsev como su casco estaban cubiertos de polvo.

«¡Es un gran muchacho! —pensó Lopajin con admiración—. A ese no le asusta ninguna música...».

Muy pronto se confirmaron los temores de Lopajin: aún no habían tenido tiempo los aviones de descargar su material en dos pasadas cuando empezó a oírse detrás de la loma un ruido de motores completamente distinto, a ras de tierra y compacto, mezclado con el fuerte rechinar metálico de los tanques. Casi al mismo tiempo la artillería alemana abrió fuego desde la loma y junto al río, y en el mismo instante nuestras baterías, emplazadas al otro lado del Don, empezaron a contestar al fuego.

—¡Bueno, Sashka, sujétate bien los pantalones y aguanta! —dijo Lopajin animado y sonriente—. Y vigila que no escape ningún tanquista cuando yo incendie su carro. ¿Cómo estamos de ánimos? ¿Bien? Eso es lo bueno; lo más importante de nuestra profesión es que los ánimos no decaigan.

Aferró el fusil y de nuevo —como cuando el avión enemigo, viniendo de detrás de la loma, caía en picado sobre las trincheras—, como si se hubiera fundi-

do con su arma, no apartaba la vista de las rugientes planchas de acero envueltas en una gran capa de polvo que formaban una especie de cuña.

¡Sí, ahora se podía respirar a pleno pulmón! El inicio de este combate no se podía comparar con aquel otro en que los restos del regimiento diezmado pudieron defenderse en la cima y frenar el impulso del enemigo contando solamente con cuatro armas anti-tanque y algunas ametralladoras. Ahora el combate se desarrollaba de otro modo; todavía no habían alcanzado los tanques la mitad de la distancia calculada por Lopajin cuando en su camino cayó una descarga de artillería levantando una gran nube negra. La artillería del regimiento luchaba con ardor y con impulso y pronto tres de los veinte tanques medianos que aparecieron detrás de la colina quedaron inmovilizados; un cuarto no pudo recorrer ni una decena de metros más. Arrastraba por la parte posterior una humareda negra; el tanque comenzó a ladearse sobre el costado derecho como si quisiera acariciar y sorber el espíritu de la tierra del Don que momentos antes aplastaba pesadamente con sus orugas.

Entusiasmado por el fuego de la artillería, Lopajin hizo presión con sus dedos sobre el hombro de Sashka y gritó:

—¡Están disparando! ¡Cómo disparan! ¡Vaya, hijitos! ¿Quién os ha enseñado? ¡Os besaría las cabeci-

tas! ¡Caray, Sashka, a este paso vamos a quedarnos sin nada que hacer!

Una batería antitanque emplazada en el huerto se puso a disparar contra los carros desde el flanco izquierdo. Al cabo de unos minutos otros dos tanques quedaban fuera de combate; sin embargo, los restantes pudieron atravesar la línea de fuego. Se encontraban a doscientos metros de las trincheras.

Lopajin vio claramente el cuerpo gris y rechoncho de un tanque que marchaba oblicuamente; divisó los rasgos difusos de una tremenda fiera con cola, pintada de blanco en el borde del tanque, un poco a la izquierda de la cruz. Con los ojos desencajados y llorosos lo veía todo pero seguía esperando a que se redujera la distancia en medio centenar de metros para poder disparar sobre seguro.

De las orugas del tanque se desprendía un polvillo gris que se posaba sobre el ajeno de la estepa. A veces brillaba de repente al sol un elemento metálico de la oruga; en otras ocasiones, como si arrastrara algodón gris, se formaba detrás del tanque una nube de polvo; encima del carro daba vueltas la torreta y surgía y desaparecía una llamita pálida y puntiaguda como la lengua de un áspid, casi invisible bajo los rayos de sol de la mañana. Al cabo de unos segundos, en el ala derecha de la compañía, delante y detrás de los mon-

tículos que delataban la presencia de las trincheras, explotaban con estruendo montones de tierra que se posaban luego lentamente.

Al segundo disparo Lopajin acertó en el tanque. Casi al mismo tiempo se incendiaron otros dos carros. Los demás, dando una rápida media vuelta desaparecieron detrás de la colina. Tan pronto como el último de los tanques hubo desaparecido tras la polvorienta cresta de la loma, Lopajin volvió la mirada, contempló el rostro pálido de Kopytovski y le preguntó con acento afectuoso:

—¿Qué te sucede, Sashka? Parece que te has puesto gris.

—Con esta clase de vida cualquiera se pone gris —respondió Kopytovski respirando con dificultad.

Al cabo de media hora los alemanes volvieron al ataque. Unos diez carros de combate protegidos con fuego de ametralladora intentaron romper el enlace defensivo entre las dos compañías, una de ellas bajo las órdenes del teniente Golostchiekov. Un tanque de tamaño mediano que encabezaba la unidad enemiga se abalanzó sobre una cerca quedando atascado en el barro de la fragua del koljós. Momentos después se enderezó entre nubes de polvo y salió a toda velocidad, lleno de ramaje seco y de barro, disparando hacia las ametralladoras antitanques y pasando por encima

de las trincheras de la infantería. Avanzaba en zigzag sobre las trincheras y las aplastaba con sus cadenas moviendo a izquierda y derecha su morro gris.

El tanque se acercaba a toda velocidad a la trinchera de Lopajin. Cubrió con su enorme masa la trinchera del cabo Kochetigov; repentinamente se detuvo una de las cadenas y el pesado vehículo empezó a girar sobre sí mismo con la intención de llenar de tierra por completo la trinchera. Lopajin disparó rápidamente pero aquel tanque no lo iba a destrozar él: cubierto de tierra hasta la cintura, el cabo Kochetigov se enderezó todo lo que pudo y, mientras el tanque intentaba apisonar su trinchera, con gesto torpe levantó un brazo. Un frasquito se estrelló en silencio contra el armazón de aquel tanque gris, que estalló en pedazos mientras por su blindaje corrían las llamaradas y se elevaba una columna de humo azul...

Como un animal enfurecido, el tanque incendiado se puso a girar con el motor rugiente y salió corriendo hacia el huerto, donde intentó apagar las llamas contra las ramas de un cerezo silvestre.

Cegado por la asfixiante humareda, el conductor del tanque apenas podía ver; en plena marcha, el vehículo cayó en el fondo de un gran pozo vacío y abandonado; al ladearse quedó al descubierto su fondo negro y recalentado por el aceite; allí quedó atrapado,

indefenso e inofensivo, en espera de la muerte. Aún giraba rápidamente la oruga izquierda, intentando por todos los medios que sus zapatas se adhirieran al suelo; mientras, la oruga derecha, rota, quedó colgando sobre la tierra, impotente y lamentable.

Kopytovski lo había visto todo. Respiraba jadeante y con rapidez, y con los ojos desmesuradamente abiertos seguía los movimientos violentos y los estertores finales del tanque enemigo. Solo reaccionó cuando sonó cerca de su oído el conocido disparo del arma de Lopajin. Con la rapidez de un pájaro Kopytovski volvió la cabeza y pudo ver a su derecha, a unos cien metros de la trinchera, un tanque que avanzaba a sacudidas y que al cabo de un rato se detuvo; y entonces vio junto a sí el rostro enrojecido de Lopajin.

Las sombras grises de los tanquistas salieron por la escotilla del vehículo inutilizado. Uno de ellos, con la guerrera desabrochada, cayó de espaldas y giró sobre sus talones con los brazos en cruz. El segundo —sin gorra, de cabello oscuro y con una camisa gris remanada hasta los codos— intentó ponerse de rodillas, pero inmediatamente cayó a plomo y se arrastró ondulante como una serpiente, moviendo inútilmente los brazos.

En aquel instante Lopajin notó, con un segundo de retraso, que le arrebataban la ametralladora de las ma-

nos. Sin perder de vista al soldado que se arrastraba, apretó contra sí la ametralladora de Kopytovski, pero al mismo tiempo Sviaguintsev, desde el lado derecho, soltó un disparo. El impacto hizo que el alemán cayera de bruces en el mismo suelo. Lopajin soltó la ametralladora, dirigió el rostro enfurecido hacia Kopytovski y con un silbido de ira balbuceó:

—Tú, canalla, pedazo de animal. ¿Estás luchando o qué? Por qué no has disparado a tiempo? ¿Acaso piensas hacerle prisionero? ¡Mátale antes de que pueda levantar los brazos! ¡Mátale en seguida! En esta tierra no necesito alemanes prisioneros, sino muertos. ¿Comprendido, hijo de perra?

III

Sobre aquella tierra martirizada por la artillería se levantaba el sol en el horizonte azul y limpio, y el aroma del ajeno recalentado se hacía más agudo y amargo. Fue entonces cuando, procedentes de las alturas del Don, envueltas por la neblina, aparecieron de nuevo los tanques y la infantería alemana. Se iniciaba el tercer asalto infructuoso.

Seis encarnizados ataques rechazaron los soldados de la unidad, que cubrían los accesos al Don. La infantería y los tanques alemanes tuvieron que retirarse tras unas lomas, y hacia el mediodía hubo una breve tregua en el campo de batalla.

Después del atronador zumbido de los disparos de la artillería, el estampido de las explosiones y el tableteo de las ametralladoras a lo largo de toda la primera línea de fuego, Sviaguintsev consideró algo extraño ese repentino silencio... Con un movimiento lento,

se quitó el casco y, con cansancio por todo su rostro, pasó por su frente la manga de la guerrera, se enjugó el sudor y habló en voz alta para oír su propia voz:

—Vaya, ahora se ha callado todo...

Aquel silencio sosegado le produjo un sentimiento de satisfacción.

Disfrutaba de aquel tranquilo silencio y, con concentración casi infantil, ladeando un poco la cabeza, se puso a escuchar los débiles rumores de la tierra arcillosa que se desprendía de las paredes de su trinchera. Los granos de arena y los trozos de tierra amarillenta y apelmazada caían como en cascada formando lentamente montoncillos en el fondo de la trinchera. De cuando en cuando un guijarro chocaba con los casquillos que había a los pies de Sviaguintsev y producía un tintineo, como si hubiera campanillas bajo la tierra oscura. No lejos de allí zumbaba un saltamontes. Un sonido nuevo atrajo repentinamente su atención y Sviaguintsev volvió la cabeza hacia él. Era un abejorro anaranjado que, zumbando como una cuerda de bajo desafinada, dio un par de vueltas sobre la trinchera para ir a posarse sobre una margarita. Con ligeros parpadeos, Sviaguintsev observaba fijamente el balanceo exagerado de la margarita como si fuera un fenómeno que viera por primera vez en su vida. De pronto giró la cabeza, extrañado: un viento ligera-

mente perfumado le traía desde algún lejano lugar el limpio y sonoro grito de una codorniz.

El susurro del viento sobre la hierba quemada por el sol, la tímida y sencilla belleza de la margarita con sus pétalos blancos, el revoloteo del abejorro en el cálido ambiente, el canto de la codorniz que le era familiar desde la infancia, todas esas menudencias de la vida todopoderosa hicieron que Sviaguintsev se sintiera a la vez alegre y perplejo: «¡Qué cosa tan rara, es como si no hubiera habido una batalla!», pensaba sorprendido. Hacía solamente un instante que la muerte acechaba muy de cerca, y ahora surgían la codorniz, los zumbidos de los insectos, y todo con pleno orden, como si estuvieran en paz y cada uno se cuidara de lo suyo. ¡Milagros, eran milagros!

Sviaguintsev miraba distraídamente a su alrededor; daba la impresión en ese momento de un hombre recién despertado de una pesadilla dolorosa que, con un suspiro de alivio, acepta una existencia sencilla y real. Necesitó un buen rato para asimilar el silencio y adaptarse a él. La calma era tensa, desagradable, como la que precede a una tormenta, y si se hubiera prolongado más, seguramente Sviaguintsev hubiera empezado a sentirse incómodo. Pero al poco rato se oyeron por el lado izquierdo, más allá de la cima, los disparos de las ametralladoras y los morteros alemanes, y

aquella inesperada tregua acabó tan repentinamente como se había iniciado.

Un municionero joven a quien apenas conocía Sviaguintsev se arrastró hasta su trinchera y tras un fuerte resoplido le dijo:

—Te traigo municiones. Bueno, qué pasa, barbas, ¿vas a aprovisionarte?

Sviaguintsev se pasó la mano por la mejilla; tenía abundantes pelos medio rojizos, y en tono ofendido, preguntó:

—¿Qué es eso de barbas? ¿Acaso crees que soy un viejo?

—Hombre, tanto como viejo no, pero casi. La barba te ha crecido tanto que casi ni se te conoce.

—¡Claro que me crece! No tengo tiempo para cuidarme, en una retirada como esta; deberías comprenderlo. En cuanto a los años, no tengo tantos como para considerarme un viejo —insistió Sviaguintsev algo molesto, mientras tocaba la funda de los cartuchos con sus manos grasientas.

Sin hacer caso de sus protestas, el municionero parlanchín prosiguió:

—¡Qué, padrecito! ¿Te pudres en la trinchera como un alma en pena? ¡No hay alemanes a la vista y prácticamente no disparan! ¡Mejor sería que salieras al sol, a desentumecer tus viejos huesos!

Lo de «padrecito» y «viejos huesos» no había sido del agrado de Sviaguintsev, quien, frunciendo el ceño, preguntó irónicamente:

—Entonces, jovencito, ¿por qué te arrastras barriga en tierra, si no hay alemanes que disparan?

—Es una vieja costumbre —contestó el municionero, sonriendo—. Es mi trabajo, ¿comprendes? Estoy tan acostumbrado a arrastrarme que a veces me parece que no puedo ponerme de pie. Así que casi siempre me arrastro por los suelos...

—Eso es absurdo y poco inteligente; puedes llegar a desacostumbrarte del todo —comentó animado Sviaguintsev.

Se encontraba tan aburrido que le entraron ganas de charlar con aquel mozo. Le preguntó, como se suele hacer cuando se habla con soldados jóvenes, con tono involuntario de indulgencia y protección:

—¿Eres de la tercera, muchacho? Tu cara me suena.

—Sí, pertenezco a la tercera.

—Y ¿cómo te llamas?

—Utishev.

—¿Estás casado, Utishev?

El muchacho, sonriendo, hizo con la cabeza un gesto negativo.

—Todavía soy joven. Antes de la guerra no tuve tiempo.

—Vaya, no tuviste tiempo... Pues mira, como eres municionero te olvidarás de andar, y después de la guerra, cuando pienses en casarte, en vez de caminar con las piernas como la gente normal, te acordarás de tus tiempos de guerra y te arrastrarás sobre la tripa para ir a buscar a una muchacha. ¡Se enfadará cuando vea un novio así! Y su madre te dará con una vara en las espaldas, diciéndote: «¡No deshonres a tu novia, sinvergüenza! ¡Camina como es debido!».

—Aunque estás sin afeitar eres un guasón... Tú no me líes. Yo te escucho, pero también llevo la cuenta de los cartuchos. ¡Se acabó! No eres el único que tiene que disparar.

Sviaguintsev quería decirle algo más pero Utishev se arrastró hasta la trinchera contigua y, sin volver la cabeza, añadió con repentina seriedad:

—Oye, barbas, ahorra los disparos y apunta bien, que parece que disparas al aire, como si fuese a una moneda. A tu edad deberías pensar menos en las muchachas, y así las manos no te temblarían.

Ante aquella ofensa inesperada, Sviaguintsev se quedó sin saber qué responder; al cabo de un rato rompió a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Enséñale a tu abuela cómo se debe disparar! ¡Vaya mocosos estás hecho!

Utishev seguía arrastrándose y tirando de la caja de cartuchos, riendo y sin girarse. Sviaguintsev miró

despectivamente sus espaldas, en las que destacaban dos manchas de sal, y advirtió que la cuerda que llevaba en bandolera se le clavaba en la guerrera desteñida por el sol y descolorida, y pensó amargamente: «¡Qué gente poco seria nos ha salido! ¡Solo el demonio sabe qué clase de gente es! Se diría que son alumnos de Pietia Lopajin... ¡Qué desgracia, qué lástima que no esté aquí Nikolai Streltsov! No hay ni una persona decente con quien hablar».

Tras una breve lamentación por la ausencia de su amigo, Sviagintsev puso en orden toda su impedimenta de soldado y arrojó fuera las vainas de los cartuchos que había bajo sus pies, limpió su escudilla con un manojo de hierba y la metió en el hueco de la trinchera; le hubiera gustado ahondar un poco más la trinchera, pero todo su cuerpo se opuso a la idea de empuñar la pala nuevamente y arrancar trabajosamente trozos de tierra seca y dura como la piedra; sintió tal cansancio que decidió inmediatamente: «La verdad es que puede pasar tal como está; no hace falta cavar un pozo. Si la muerte se empeña, también le encuentra a uno en un pozo».

Unas pocas nubes se dirigían lenta y majestuosamente hacia el este. De vez en cuando una nubecilla blanca parecía menguar la potencia de los rayos del sol; sin embargo, ni esos instantes conseguían refrescar la atmósfera calurosa. La tierra caldeada solo

respiraba calor e incluso la parte de la trinchera que estaba en sombra estaba caliente, hasta tal punto que al propio Sviaguintsev le daba repugnancia apoyarse en ella.

Dentro de la trinchera se respiraba una atmósfera caliginosa y pesada, como un baño turco. Algunas moscas surgidas de no se sabe dónde molestaban con su zumbido. Sviaguintsev, abatido por el calor del mediodía, se levantó después de haber permanecido un rato echado sobre el capote; se frotó los ojos con el dorso de la mano y, al contemplar los tanques destruidos y quemados, vio también los cadáveres de los alemanes tirados por la estepa y una gran nube de polvo que dejaba una estela que se movía más allá de las montañas, sobre el camino dirigido al este, siguiendo paralelamente la corriente del Don. «Los malditos fascistas alemanes preparan algo —pensó mientras seguía con la mirada aquella nube de polvo—. Seguramente producen esta humareda los refuerzos que les llegan. Lo intentarán de nuevo, se reagruparán, se lamerán las heridas y volverán a lanzarse. ¡Sois unos diablos tercos, unos demonios obstinados! Pero nosotros tampoco somos de barro, hemos aprendido a golpear y ahora tendrán que limpiarse la sangre de las narices. ¡Ya no es el año 41! Al principio tuvieron suerte, pero ¡ya está bien!», seguía pensando Svია-

guintsev para tranquilizarse a sí mismo, y dirigió una mirada al tanque destruido por Lopajin.

Aquella máquina grisácea, hasta hacía muy poco amenazadora, yacía volcada con un gran boquete y callada para siempre, con el cañón a media altura. El primer tanquista había salido por la escotilla y yacía en el suelo con las piernas segadas por una ráfaga de ametralladora. Tenía los brazos totalmente abiertos y el viento movía indolentemente su guerrera desabrochada; el segundo, en cambio, que había sido alcanzado por Sviaguintsev, antes de morir tuvo tiempo de apartarse un poco del carro. Por entre los setos Sviaguintsev veía su nuca morena, su mano quemada echada hacia delante con la manga gris remangada hasta el codo, los herrajes de las botas brillantes a la luz del sol; veía también las cabezas blancas y gastadas de los clavos de las suelas de las botas.

—Con el calor los muertos se hincharán y apesatarán de un modo horrible. Con semejantes vecinos nos será imposible respirar —exclamó Sviaguintsev haciendo una mueca de asco.

Notó un cosquilleo en la espalda y una sensación de frío le hizo encoger los hombros. Se acordó del olor nauseabundo y dulzón de los cadáveres que desde la primavera acompañaba al regimiento tanto en los combates como en las retiradas.

Ya había pasado mucho tiempo desde la época en que Sviaguintsev sentía curiosidad por ver el rostro de los enemigos a quienes mataba; ahora observaba fríamente al tanquista de elevada estatura que yacía no muy lejos de él, abatido por una bala, y solo deseaba saltar cuanto antes de aquella trinchera angosta en la que seis horas de permanencia eran bastante para enloquecerle, y dormir de un tirón dos días seguidos en cualquier parte sobre un montón de paja fresca de centeno.

Recordó con fuerza el fragante aroma del centeno recién trillado, suspiró por los recuerdos que le asaltaban y hacían palpitár su corazón, se sentó una vez más en el fondo de la trinchera, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Tenía tanto sueño que con gusto habría charlado incluso con Lopajin para apartar de sí la modorra que le invadía. Pero después del cuarto ataque alemán Lopajin se había cambiado a una trinchera de reserva y ahora se encontraba bastante lejos.

En la modorra del calor y la fatiga, en el límite de la vigilia y el sueño, Sviaguintsev veía a su mujer y a sus hijos, al tanquista de la camisa gris a quien había matado, al director del parque de máquinas y tractores; veía también un riachuelo de poco caudal, desconocido, de corriente rápida, y un guijarro pulimentado y de colores en su lecho... El riachuelo corría entre abruptas márgenes de arcilla con un murmullo cada

vez más fuerte y sonoro; Sviaguintsev, sin querer, se despabiló y abrió los ojos: por encima de él, en el cielo, pasaba una formación de seis aviones que se dirigían a lo lejos, dejando tras de sí el rugir de los motores.

Sviaguintsev era hombre de carácter eminentemente práctico y no siempre ni en cualquier momento le gustaba la aviación; solo la apreciaba cuando le protegía desde el aire y cuando bombardeaba ante sus propios ojos las posiciones enemigas. Por eso acompañaba a aquellos cazabombarderos con la mirada fría y soñolienta de sus ojos inflamados por el sueño, y murmuraba con rabia:

—¡Otra vez venís con retraso! Mientras los alemanes nos atacaban y bombardeaban como si estuviéramos atados, probablemente vosotros estaríais bebiendo café y poniéndooos vuestras malditas botas; y ahora, cuando todo se ha acabado, os presentáis para arar en el agua y quemar el combustible del Estado... ¡No sois más que unos derrochadores de gasolina!

No tuvo tiempo para acabar de refunfuñar: los alemanes habían iniciado la preparación artillera y en la primera zona se concentró rápidamente una fuerte lluvia de proyectiles. Sviaguintsev se olvidó al momento de los aviones y del resto del mundo.

Cientos de explosiones de proyectiles y minas zumbaban y rugían desgarrando la atmósfera caliginosa; los trozos de metralla volaban por los aires para

incrustarse cerca de las trincheras, levantando verdaderos surtidores de tierra y humo y atravesando la sinuosa línea de defensa, que estaba plagada de hoyos. Las explosiones se sucedían una tras otra con velocidad inverosímil y cuando varias de ellas coincidían sobre la tierra estremecida por los disparos, se levantaba un gran rumor sordo que vibraba pesadamente y lo aplastaba todo.

Hacía tiempo que Sviaguintsev no veía un fuego tan concentrado y denso, hacía tiempo que no sentía una desesperación tal que le dejaba el corazón aterido. Las minas y los proyectiles caían cerca, abundantes y ensordecedores, y aquel ruido infernal crecía tanto que Sviaguintsev empezaba a perder el ánimo y la valentía que le caracterizaban desde siempre, y hasta perdía la esperanza de salir con vida de aquel infierno...

Las noches insomnes, el cansancio extenuante y la tensión de un combate de seis horas contribuyeron lo suyo, y cuando estalló un proyectil a la izquierda de su trinchera y entre el fragor de la lucha oyó el grito de su vecino herido, en el interior de Sviaguintsev algo pareció truncarse. Se estremeció, se apoyó con fuerza contra la pared delantera de la trinchera, con el pecho, con los hombros, con su corpachón, y apretó los puños tanto que los dedos se le durmieron. Abrió los

ojos desmesuradamente y le pareció que a causa de las explosiones toda la tierra se movía y se abría a sus pies como en una sensación febril; impelido por un fuerte temblor, se apretó aún más contra el suelo, que también trepidaba, buscando una protección que no encontró. En ese momento de desesperación perdió su maravillosa idea de que quizá a otros no, pero a él, a Iván Sviaguintsev, la tierra patria le protegería de la muerte...

Por unos momentos atravesó su mente una idea clara: «Tenía que haber cavado más hondo la trinchera». Luego ya no tuvo ideas cuerdas; solo sentía el corazón oprimido de terror. Sviaguintsev cerró los ojos involuntariamente mientras dejaba caer las manos sobre las rodillas; inclinando mucho la cabeza, tragaba saliva con dificultad, que se le había vuelto amarga como la bilis; se puso a rezar en silencio.

En su lejana infancia, cuando estudiaba todavía en la escuela parroquial, el pequeño Vania Sviaguintsev iba con su madre a misa todos los días festivos; se sabía de memoria todas las oraciones, pero desde entonces, durante muchos años, no había molestado a Dios con petición alguna y se le habían olvidado todas las oraciones. Por eso rezaba a su manera, de forma breve y reiterada, susurrando continuamente lo mismo: «¡Señor, sálvame! ¡No dejes que me pierda!».

Pasaron unos momentos de angustia interminables. El fuego no cesaba. Sviaguintsev levantó de pronto la cabeza, volvió a apretar con fuerza los puños hasta que le crujieron las articulaciones y miró con sus ojos hinchados, centelleantes de rabia, la pared de la trinchera de la cual se desprendían montones de tierra. Se puso a gritar, diciendo palabrotas y blasfemando. El mismo Lopajin habría sentido envidia de haberle oído. Pero tampoco esto le alivió. Se calló. Gradualmente se apoderaba de él una indiferencia cada vez mayor... Separó de la barbilla la correa resbaladiza y mojada de sudor, se quitó del casco, presionó la mejilla grisácea contra la pared de la trinchera y, harto ya y sin interés por nada, dijo para sus adentros: «¡Que me maten pronto, que acaben ya...!».

Alrededor, todo rugía y tronaba en medio del polvo y de los relámpagos amarillos de las explosiones. La aldea, abandonada por sus habitantes, ardía por todas partes. Sobre las casas, polvorientas por el tiroteo, se alzaban las alas imprecisas de una gran nube de polvo. Por encima de las trincheras flotaba el olor corrosivo a pólvora mezclado con el amargo humo de los árboles y la paja quemados.

El fuego de preparación artillero no duró más de media hora, pero al aterrorizado Sviaguintsev le pareció haber vivido toda una segunda existencia. Acaba-

ba de asaltarle un deseo insensato: saltar de su agujero y dirigirse corriendo a la montaña, al encuentro de la negra masa que avanzaba hacia las trincheras. Tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no cometer tan insensata acción.

La artillería alemana trasladó su fuego al fondo de la línea de defensa. El sordo ruido de los proyectiles crecía en el poblado en llamas e incluso más lejos, por el pequeño robledal esparcido por la pradera anegada. Sviaguintsev, hundido y envejecido en esa media hora maldita, se puso maquinalmente el casco, frotó con la manga el cerrojo y el punto de mira del fusil y echó un vistazo fuera de su trinchera.

Más allá de las montañas, en la lejanía, la compacta infantería alemana iba avanzando bajo la protección de los carros de combate. Sviaguintsev oyó, amortiguado por la distancia, el ruido de los motores, el griterío de los soldados alemanes que iban al ataque, y sin saber cómo ni por qué se le hizo un nudo en la garganta. Haciendo un esfuerzo logró reaccionar.

Aunque su corazón seguía latiendo acelerada y desacompasadamente, ya no quedaba en él rastro alguno del desánimo que había sufrido. La lenta penetración de los carros enemigos, acompañados por los gritos de los alemanes, representaba un peligro evidente contra el cual se podía combatir; y Sviaguintsev estaba acostumbrado a hacerlo. Al fin y al cabo, había

algo que dependía también de él, de Iván Sviaguintsev. Por lo menos ahora podía defenderse y no quedarse sentado, cruzado de brazos, esperando triste e impotente que un alemán invisible, atontado por el calor, hiciera blanco en su trinchera disparando al azar...

Sviaguintsev bebió de su cantimplora un trago de agua tibia que sabía a barro y se recobró definitivamente. Al principio sintió unos terribles deseos de fumar, pero se dio cuenta de que no tendría tiempo para liar un cigarrillo y fumárselo entero. Recordó el pánico que había experimentado hacía poco y cómo había rezado, con qué pena, y pensó como si se tratara de otra persona: «¡Hay que ver lo que han hecho con el hombre, a qué punto le hacen llegar! ¡Bestias!». Luego imaginó la cáustica sonrisa de Lopajin y en seguida pensó, precavido: «Tengo que callarme todo esto. ¡Dios me libre de contárselo a Piotr! ¡No me dejaría vivir, acabaría haciéndome la vida imposible! Desde luego, a mí la religión no me está prohibida, puesto que no soy del partido. De todos modos no es muy... aunque no estoy seguro...».

Recordando lo que había pasado experimentaba cierto descontento, una ligera sensación de vergüenza, pero no tenía tiempo ni ganas de buscar razones de peso para justificarse. Se maldijo a sí mismo y pensó: «¡Ay, qué desgracia que haya rezado un poco! Bueno, la verdad es que he rezado muy poco... ¡Aún

podría hacer cosas peores, si el destino me obligara! La muerte no le cae bien a nadie, resulta horrible a todos, al que es del partido, al que no lo es y a cualquier persona, sea lo que sea».

La artillería enemiga concentró otra vez el fuego en la primera línea, pero ahora Sviaguintsev ya no se tomaba a pecho todo lo que sucedía alrededor suyo: el fuego enemigo ya no le parecía tan arrollador y las bombas no removían la tierra solamente alrededor de la trinchera, como creía antes, sino que, siguiendo el designio alemán, iban ribeteando la destruida línea defensiva.

La infantería alemana se acercaba a la línea de fuego y a las trincheras. Los soldados, erguidos, avanzaban en formación compacta; los tanques disparaban sobre la marcha y haciendo pausas. Sin embargo, Sviaguintsev se dio cuenta de que el fuego de respuesta iba en disminución y se debilitaba. Entonces llegó en nuestra ayuda la artillería pesada. A lo lejos, más allá del Don, se oyó un trueno de cuatro explosiones juntas; los proyectiles, con un grave y fuerte susurro, trazaron sobre las trincheras arcos invisibles y pronto empezaron a verse inmensas columnas de tierra que se desintegraban en el aire, ante las filas alemanas.

Los tanques avanzaban con rapidez para salir de la zona batida. Sin darles alcance, la infantería alemana corría tras ellos.

Sviaguintsev observaba con el corazón en un puño cómo los grupos de soldados enemigos caían derribados por las explosiones, evitaban cráteres, se acercaban rápidamente, astutamente diseminados y muy disminuidos en número. Muchos de ellos disparaban las ametralladoras sin dejar de correr. ¡Y de pronto pareció volver a la vida nuestra primera línea, hasta entonces silenciosa y secreta! Daba la impresión de que todo lo vivo hacía tiempo que había sido barrido por la artillería enemiga, arrasado por completo. Pero cuando los puestos supervivientes empezaron a actuar todos a una, la infantería alemana se vio sesgada por un mortífero chaparrón de fuego de ametralladoras. Los alemanes se echaron cuerpo a tierra, pero poco después empezaron a efectuar breves carreras de aproximación.

Durante unos instantes, Sviaguintsev levantó la vista que tenía fija en tierra; nada se había alterado arriba, en el cielo, durante aquella media hora; el firmamento seguía tan azul como antes, tranquilo e inalterable en su profundidad; las nubes se movían lentamente en la misma dirección, separadas, como quemadas por el sol y un poco ahumadas en sus bordes, impulsadas continuamente por un airecillo que las orientaba hacia el este. Sviaguintsev pudo ver un retazo de ese mundo azul lleno de sol, pero todo lo que tuvo tiempo

de divisar en una mirada rápida atravesó su corazón de parte a parte como la apesadumbrada sonrisa de despedida de una mujer, toda llena de lágrimas...

Junto a la mejilla de Sviaguintsev, cerca de su ojo entornado, se mecía una margarita inclinada y cubierta de polvo, molestándole el campo de visión. Las ramitas gris azulado de ajeno también se movían; más allá de los matojos de hierbas se dibujaban distintamente las figuras de los enemigos que aumentaban de tamaño según se acercaban, inexorablemente.

Eran ocho los soldados alemanes que se dirigían directamente a la trinchera de Sviaguintsev. Los encabezaba, inclinándose un poco hacia adelante, como si le diera un fuerte viento de frente, un oficial. Mientras caminaba movía distraídamente una vara que llevaba en la mano; luego se volvió y al parecer transmitió una orden. Los soldados echaron a correr hasta alcanzarle.

Sviaguintsev apuntó al oficial, contuvo la respiración un instante y disparó. Esperaba que el oficial cayera, pero este siguió su avance como si nada. Maravillado del arrojo del oficial y al mismo tiempo indignado consigo mismo, Sviaguintsev disparó por segunda y tercera vez. Era metódico y al mismo tiempo se precipitaba; efectuó dos disparos más. El oficial seguía como si estuviera embrujado, incluso parecía que acelerase el paso; y, como antes, movía jugueto-

namente el bastón que llevaba en la mano, como si fuera de paseo. Pareció que decía algo a los soldados que le seguían.

«¡El muy perro debe estar borracho!», se le ocurrió pensar a Sviaguintsev, y con manos temblorosas se apresuró a llenar de nuevo el cargador; sus dientes rechinaban de rabia e indignación. «Espera y verás. ¡Te haré besar el suelo! Llevarás a la tierra tu...».

Mientras cargaba el arma, el sargento Nikiforov derribó con dos ráfagas cortas al oficial y a tres de sus soldados. Los cinco restantes, amedrentados ante tales pérdidas, se refugiaron rápidamente en los cráteres que había por aquella zona y empezaron a disparar como si quisieran terminar la munición lo antes posible.

Por algún lugar de la derecha se oía el rugido de los tanques. En el fragor de la lucha Sviaguintsev justamente oyó la voz del teniente Golostchiekov que, aunque ronca, sonaba muy aguda:

— Deja que pasen los tanques! ¡Deja que pasen los tanques! ¡Fuego a la infantería!

A lo largo de toda la línea defensiva ocupada por la compañía, así como en el sector vecino, hacia donde avanzaba principalmente el enemigo, la infantería alemana, que había quedado retrasada de los tanques por el fuego a que estaba sometida, se echó a tierra;

pero luego se levantó para seguir a los tanques e ir ganando posiciones protegida por los mismos, en espera del ataque decisivo.

Los alemanes estaban ya bastante cerca. Sviaguintsev oía perfectamente las órdenes del mando alemán, extrañas impresiones del odiado lenguaje enemigo, y los fuertes latidos de su corazón le llenaban el pecho. Disparaba y al mismo tiempo escuchaba con impaciencia: ¿cuándo empezaría a oírse la ametralladora de Nikiforov, que se había quedado muda? Pero la ametralladora guardaba silencio. «Ahora, a la bayoneta», se dijo Sviaguintsev sintiéndose irremediabilmente perdido, mientras palpaba una granada con manos sudorosas. La emoción le dificultaba la respiración, abría las fosas nasales e inspiraba el aire caliente, que olía a humo, con un ronquido, como un caballo al que obligaran a correr.

A los pocos minutos los alemanes se levantaron gritando. Como a través de una niebla, Sviaguintsev vio las guerreras de color verde grisáceo, pudo oír fuertes pisadas y el retumbar de las explosiones de las granadas de mano, los estallidos rápidos de los disparos, las ráfagas de las ametralladoras, entrecortadas y continuas. Echó un vistazo rápido e iracundo a ambos lados; de las demás trincheras ya saltaban los camaradas, sus camaradas entrañables, hermanos en la vida

y en la muerte. No eran muchos, pero el claro «hurra» que lanzaron en el momento de avanzar sonaba ardiente y amenazador.

El soldado Sviaguintsev saltó de su trinchera como lanzado por una catapulta; su cuerpo voluminoso parecía haberse aligerado e incluso le pareció haber perdido parte de su peso habitual; con la ametralladora en la mano, echó a correr hacia delante, sin dejar de mirar a los alemanes que se le aproximaban; sintió que todo el peso del fusil pasaría en seguida al extremo de la bayoneta.

Solo tuvo tiempo para alejarse unos metros de la trinchera. A sus espaldas relampagueó una llama, sonó un ruido ensordecedor y Sviaguintsev cayó de bruces en la oscuridad más absoluta, que se abrió de improviso ante sus ojos enloquecidos y desorbitados por un fortísimo dolor.





En *Lucharon por la patria*, Shólojov narra uno de los momentos más trágicos de la guerra: la retirada de las tropas soviéticas sobre el Don en el verano de 1942. Con un fiel reflejo, muestra cómo el coraje se embarra con el miedo y el terror, lo heroico se funde con lo trágico, la dignidad con la inmundicia, y la camaradería cede en ocasiones a la hostilidad. El narrador nos muestra así las distintas personalidades y formas en las que cada uno de los personajes afronta su trágica situación personal. En la presente edición, se incluyen tres capítulos, cuyo protagonismo recae en el minero Lopajin y el tractorista Sviaguintsev, convertidos en soldados del Ejército Rojo.

